

## ***NECESIDAD DE LA VÍA MÍSTICA EN LA PASTORAL CRISTIANA DE HOY***

### ***UNA IGLESIA QUE RECONOCE Y AFRONTA SU CRISIS INSTITUCIONAL***

La Iglesia Católica, nuestra Iglesia, atraviesa -ya más de un siglo- una grave crisis en el corazón del mundo entero, pero de manera más lacerante en el Occidente de tradición cristiana. Sobre esta crisis se ha hablado mucho y llevado a cabo numerosos análisis y buenos estudios a tener en cuenta. Crisis que, de manera muy generalizada, viene entendiéndose como resultado de los grandes cambios culturales y sociales, propiciados por el pensamiento positivista y el avance impetuoso de las ciencias naturales y la tecnología que las acompaña, multiplicando medios materiales al servicio del hombre, y acumulando el poder sobre los mismos en pocas manos.

Pero, aunque tenga gran parte de verdad la incidencia del secularismo ambiente y de la cultura de la increencia en esta crisis eclesial, yo pienso (y es el objeto de este trabajo) que la mayor causa de tal crisis se encuentra en la Iglesia misma. Su reacción más sensible y universal para afrontar tal crisis ha sido la de afirmarse defendiéndose de “enemigos” que, en muchos casos, nunca han existido, y, a lo sumo, constituían un desafío para su autenticidad cristiana y su misión en el mundo.

Porque, lo que la mejor teología cristiana de todas las épocas nos dice es que, Dios, no está ausente de este mundo real, tal y como es, destinatario de su amor misericordioso. Una mirada pesimista sobre la marcha actual del mundo, poco o nada puede ayudar a la evangelización de ese mismo mundo. Y considerar que es el mundo el que tiene que venir a la Iglesia para salvarse, es negar el principio básico de que es por encarnación en las realidades temporales como avanza el Reino de Dios en este mundo.

Yo afirmo: no es el cristianismo el que está en crisis. La crisis se manifiesta en la forma de responder la Iglesia a las llamadas de Dios desde el corazón de la historia humana, donde siempre nos está dando su salvación y pidiéndonos nuestra colaboración con su obra imparablemente en marcha. La crisis se manifiesta en la forma (lenguaje, sensibilidad cultural y estética, estilos de autoridad, etc.) con que las Iglesias pretenden hoy llevar a cabo su misión evangelizadora. Hasta tal punto que no debe resultarnos exagerado decir que, tal misión, ha dejado, en muchos momentos y lugares, de ser evangelizadora, al tener como meta la indoctrinación, el proselitismo, una sacramentalización meramente sociológica y el triste mantenimiento temeroso de perder aún lo poco que nos queda. Una imagen de Iglesia que da pena por la poca fe que tiene en sí misma y en su misión en el mundo.

**ESFUERZOS REITERADOS Y ESCASO FRUTO**

Algo ha fallado, y algo muy importante, en la forma como la Iglesia ha pretendido ser luz del mundo y sal de la tierra. Esfuerzos sinceros, no han faltado. El Vaticano II debe figurar como el más valiente y aperturista de la Iglesia al Mundo, sin duda desde muchos siglos atrás. Los que amamos a la Iglesia y creemos en el Espíritu Santo que la habita, no dudamos en valorar el Concilio de Juan XXIII y Pablo VI como inicio de una nueva etapa, un amanecer que debía tener continuidad hasta el cenit de su esplendor evangélico y evangelizador.

Pero no fue así. No fue así. ¿Por qué? No es ni debe ser función de este trabajo señalar culpables (¿acaso no lo somos todos, aunque lo hayamos sido en distinto contexto y medida?). Una recepción ideológica (progresista o conservadora) del Vaticano II, desvirtuó la praxis pastoral por él propuesta en grandes espacios del trabajo misionero (gracias a Dios, ¡no en todos!), impidiendo que el recién nacido Vaticano II creciera hasta la madurez evangélica que se contenía en sus entrañas vivas.

A nadie que me lea sin prejuicios podrá extrañar que diga ahora que, cuando cayó en mis manos la Exhortación Apostólica del papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, salté de gozo innumerables veces en mi asiento. Ahí veía yo la continuidad del Vaticano II, la que tan dolorosamente se había perdido de vista en las décadas precedentes. Continuidad, he dicho. Una llamada a seguir, entre todos (no en vano Francisco invoca la sinodalidad como camino y estilo del hacer eclesial), buscando que el Evangelio del Reino aparezca ante los hombres y mujeres de hoy, no como un dogma a reverenciar con la mente, sino como una fuerza de vida a favor del bien común; una más clara afirmación, por los mismos hechos eclesiales, de que Dios es Amor, y que la experiencia individual y comunitaria del Amor de Dios, es la fuente de la incesante renovación de las comunidades y de los creyentes cristianos. Renovación que se vivirá en la conciencia de fraternidad universal, sin distinciones entre jerarquía y pueblo, y con una explícita preferencia por todos los que más sufren en el mundo presente. Iglesia consagrada al Servicio del Reino, que no se busca a sí misma, y que pone gran énfasis en que sus miembros vivos, mujeres y hombres bautizados, sean con sus propias vidas evangelizadores en medio de las estructuras civiles, al estar empapados del conocimiento amoroso del Dios Madre/Padre de Jesús.

En suma, la *Evangelii Gaudium*, así como la restante enseñanza que nos va llegando de Francisco, no sólo por su palabra sino más aún con sus gestos y hechos de vida, es, más, mucho más que una doctrina evangélico/pastoral a tener en cuenta, para pedir ser recibida como brújula de un norte irrenunciable por imprescindible, tanto en la fidelidad de la Iglesia a sí misma, como en la eficacia de su tarea entre los pueblos. Algo así como si el hermano papa Francisco nos dijera:

ha llegado el momento en que si, la institución eclesial no se convierte a formas más evangélicas de vida y de acción, habremos cerrado los caminos del cristianismo en la historia.

### ***LA FE COMO EXPERIENCIA DE DIOS***

Y el norte al que apunta la brújula de navegación de la barca eclesial en el siglo XXI, ese norte que aportará confianza y armonía en el conjunto de todas nuestras acciones, es, sin el menor atisbo de duda, la vida de fe como Experiencia de Dios en relación con las realidades de nuestra existencia temporal y de la marcha global de la historia humana. Repito: la doctrina sólo es válida cuando se convierte en experiencia vivificadora. De nada sirve manifestar nuestra fe en el Dios de Jesús, si dicha fe no me ayuda a vivir con gozo, libertad y responsabilidad mi ser y mi hacer en este mundo. Sólo el ser transfigurado por la experiencia de Dios puede decir (transmitir) al mundo algo útil, beneficioso, para su buena marcha. Si no fuera así estaríamos dando la razón a cuantos afirman (ateos, agnósticos, indiferentes...) que Dios y la fe religiosa son superfluos -cuando no dañinos- para el progreso y el bien de todos.

Yo diría que, en esta línea de un cristianismo fiel a sus orígenes, con respuestas nada teóricas y sí muy encarnadas en la realidad actual, el papa Francisco nos llama a todos los bautizados a ser personas de vida interior, de oración contemplativa, de experiencia mística, que equivale a vivir disfrutando de todos los bienes (de naturaleza y de Gracia) que se nos han concedido, para que, precisamente en su disfrute, crezcamos hasta ser testigos de que sólo el amor salva.

Los creyentes en el Dios de Jesús con vida interior, desarrollada en largo silencio, en concentración meditativa, poseen en sí la clave de la sencillez y la transparencia, fuerzas imprescindibles para dar testimonio de la salvación en Cristo. Un verdadero evangelizador con experiencia mística, transmite la alegría de la fe, que jamás se identificará con ninguna forma de sumisión externa a una institución sagrada, ni se parecerá en nada a las “alegrías” superficiales (en su mayoría frustrantes), que ofrecen los poderes corruptos de este mundo. La persona mística es tan independiente, tan fiel a sí misma, que reconoce que ha sido la experiencia de Dios el núcleo de su mayor y mejor libertad, la que le hace libre porque sólo sirve al amor universal y gratuito.

### ***SÓLO EL AMOR SALVA***

Nos detenemos en la expresión utilizada más arriba de que sólo el amor salva. ¿Qué se quiere decir con ello? Lo inmediato es que no salva la sabiduría de este mundo; esa sabiduría que se manifiesta como poder que domina, como autosuficiencia de la razón, como riqueza que da seguridad, como religiosidad fundada en normas a cumplir que son requisito para salvarse. Los pobres de Yahvé saben que sólo el

amor salva, porque ningún conocimiento basado en ningún tipo de poder temporal, análisis científicos, estadísticas sociológicas, exposiciones dogmático/moralizantes..., tiene fuerza para transformar nuestra vida, alejándola de todo temor y llenándola de luz, de energía creadora, de paz y alegría contagiosas.

Pero más aún; que sólo el amor salva, como certidumbre que ilumina el corazón del creyente en el Dios de Jesús, junto a la renuncia a todo poder/sabiduría de este mundo, lleva consigo (y es fruto de lo anterior) ese estilo de existencia basado en la bondad, la humildad, la mansedumbre y el servicio. Cuando se ha sabido, con sabiduría del corazón, que sólo el amor salva, y que dicho amor es el motor de mi existencia, nada difícil resulta decir, con el místico de Fontiveros: *que ya sólo en amar es mi ejercicio*. El amor por el que yo me siento salvado, me realiza en fidelidad a mí mismo y me pone a punto para llevar a cabo mi misión de compartir con otros ese amor, esa salvación gratuita.

Una Iglesia que vive de la experiencia mística, no es competitiva con los poderes de este mundo, porque de antemano ha renunciado a todos ellos. Y, como sólo posee el Amor de Dios, sabe que no puede dar al mundo otra cosa. Su predicación, su liturgia, su catequesis, su caridad, sus instituciones canónicas, si no transparentan el amor como núcleo dinamizador de la praxis cristiana, sólo alcanzarán a ser teoría mental, liturgismo ritualista y beneficencia social. Y cuando pretende *dar* -mejor sería decir, *compartir*- lo que ella no tiene como Pueblo que se alimenta del Amor de Dios, siempre yerra en su misión, y en lugar de ser levadura en la masa, se convierte ella misma en masa informe,

Igual el individuo creyente: como no tiene que emplear sus fuerzas en salvarse a sí mismo, porque ya está salvado por la fe en el Dios de Jesús, entrega toda su energía para la construcción del Reino, y hace de sus días un compartir con otros los frutos de la contemplación de amor en que se siente vivamente afincado. Parece ser que sólo quienes viven del Amor de Dios manifestado en Cristo, y asimilado con la ayuda del Espíritu en su vida interior, pueden entender aquello de *buscar el Reino de Dios y su Justicia, y ¡todo lo demás se os dará por añadidura!* Nada tiene que preocupar al creyente ni a la Iglesia su propia seguridad, su bien en este mundo, porque lo tiene garantizado en su entrega al Reino.

#### **MIRAR EL MUNDO CON LOS OJOS DE DIOS**

En el corazón del creyente iluminado por la experiencia mística, se abren los ojos del mismo Dios, para ver el mundo como Dios lo ve, para amar al mundo como Dios lo ama. Tal es la revolución de la mística. Y ello es así porque la Fe teologal, la que recibimos por el Bautismo en el seguimiento de Jesús, al hacernos conscientes de ella en el cultivo de la vida interior, por el silencio, mediante la concentración y la amorosa escucha, proyectamos sobre todas las realidades la

misma mirada misericordiosa del mismo Dios que habita en nuestros corazones; esa mirada divina que cubre todas nuestras miserias con su poder vivificador y saca bien de todo mal, manifestando así su fuerza en el corazón de nuestras propias debilidades. Este milagro, esta revolución, es el clima habitual del alma contemplativa.

El gozo de sentirme salvado en mi realidad total de hombre limitado, en camino hacia sí mismo, víctima, no pocas veces, de mis propias contradicciones, me facilita ver en cada aquí y cada ahora de la historia humana la salvación de Dios en marcha. Un Dios que es Amor allí donde los humanos más necesitan liberación de sus males. Jamás problema humano alguno parecerá a los ojos del creyente, iluminado por la experiencia de fe, como problema sin solución. Su *limpieza de corazón* le conducirá a ver a Dios -Dios en persona- encarnado en dichos males, como avisando de que todo mal tiene término, y consiste en un bien mayor que todas las pérdidas provocadas por el mal.

#### **MÁS ALLÁ DEL PROGRESISMO Y DEL INTEGRISMO**

Y así, la contemplación de amor propiciada por la vida mística, no es ni progresista ni integrista, posturas mentales ambas muy deudoras de posiciones voluntaristas y parciales al enjuiciar el momento presente que vivimos. Todo el pasado viene vivo con la mirada contemplativa para enriquecer el presente con las luces del bien experimentado anteriormente. Alcanza bien, la persona de vida interior, a ver en cada momento lo que concuerda o no con la voluntad salvífica universal de Dios, para así unir sus fuerzas a las del Espíritu. Y cuando mira al futuro, lo percibe como venida constante del Reino que forcejea contra la mentira del mundo, y se hace presente en cuantos individuos y situaciones no ceden a la desconfianza ante el ímpetu del mal. ¡Cómo me gustaría hacer ver esta reconfortante verdad de fe a muchos pastores y militantes laicos de la misión evangelizadora! Siempre hay luces del pasado imprescindibles para construir el presente. Nunca hay que renunciar a ese mañana mejor, que es el hoy de Dios haciendo eterna toda entrega de amor puro.

El místico es un profeta que ve el bien en el corazón de todo mal, y por eso nunca pierde la esperanza de que las cosas pueden ser mejores, porque ya lo son en un fondo de ellas mismas al que no puede llegar la mano de la corrupción. Punto de vista éste, que le viene de la experiencia de sentirse amado por un Amor liberador que se ha encarnado en el corazón de todas nuestras miserias. Imposible, para la persona de experiencia de fe, ver la miseria humana y no contemplar en ella la acción de la Misericordia divina. Jamás hombre alguno pudo ser profeta (y menos del Reino) sin haber sabido (gustado) en su propio corazón que sólo el Amor salva. Y, en consecuencia, que toda acción liberadora del hombre es comunión con la presencia de este Dios que rechaza todo mal y propicia con su amor gratuito el triunfo de todo bien.

**MÁS ALLÁ DEL OPTIMISMO Y DEL PESIMISMO**

La persona de vivencia mística no es, tampoco, optimista ni pesimista. Su conciencia de la realidad no puede prescindir de la mirada profunda, la que traspasa toda corteza de primeras sensaciones y de visiones y análisis racionales, para intuir y descansar en esa síntesis de lo humano con lo divino, que siempre aparece a los ojos de la fe formando una alianza indestructible. Es decir, el pecado y la Gracia aparecen a los ojos espirituales como dos realidades innegables. Pero ni el pecado es tan poderoso como para generar pesimismo y desaliento (al fin y al cabo, todo pecado -por grave que se considere- es hijo de la debilidad, la ignorancia y, en general, las limitaciones humanas, cuyo alcance no puede ser de un poder superior al de la Gracia), ni la Gracia tan autosuficiente como para no necesitar la colaboración humana, lo que daría pie a un optimismo de corte religioso (fideista) en que se esperan de Dios todas las soluciones.

Precisamente, en la comunicación amorosa con Dios, el ser humano experimenta que el verdadero amor es necesidad mutua entre amante y amado. Si sólo yo estuviera necesitado de Dios y Él no lo estuviese de mí, dejaría de ser verdad que sólo el amor salva. Porque no hay amor que merezca tal nombre si no hay reciprocidad en el dar y en el recibir. Y el amor más grande es el que hace crecer la vida del amado con la entrega de la vida del amante. ¿Y no es éste el amor de Dios manifestado en Cristo? ¿No nos ama el Creador, Padre/Madre, poniendo todo cuanto hay en Él de Sabiduría, Poder y Misericordia, a fin de cada una de sus amadas criaturas alcance el máximo de belleza y fecundidad en su existencia?

En consecuencia, la esperanza que dirige su mirada a la realidad, la libera de todo fácil optimismo, hijo más bien de un larvado temor a enfrentarse con el mal real, insufrible tantas veces, pero asumido en esa resignación que dice “siempre ha sido así; es inútil luchar contra lo que nos supera”. Y además, pensando en la parte buena, por pequeña que fuere, que siempre se da -dice el optimista- en todas las realidades naturales, sufriré menos por la otra parte mala que también se da y no está en mis manos hacer desaparecer. El optimista, al esforzarse en ignorar el mal, se incapacita para luchar contra él. Sólo se puede vencer el enemigo que se tiene delante, sobre todo cuando no se le tiene miedo. Parece ser que fe y optimismo no se dan la mano frente a la realidad de este mundo, en tantos problemas necesitado de justas soluciones.

Más delicado resulta el análisis de la mirada de fe en relación con la actitud pesimista, cuando dicho pesimismo radica en una conciencia humanitaria, que rechaza visceralmente el mal que hace sufrir a los más débiles. No es extraño que en tales casos se invoquen, más o menos solapadamente, soluciones milenaristas y/o apocalípticas, concebidas como intervenciones de un poder sobrenatural que permanece separado de la realidad del mal que oprime.

Y este es el fallo de la percepción pesimista: ver el mal como una realidad totalmente separada del bien que, en cuanto entidad positiva, permanece activa en el corazón de todo mal, y sin cuya presencia contra el mal existente dejaría de ser el bien real. Razón esta última muy poderosa para concluir que el pesimismo es incompatible con una fe cuyo núcleo vivificador es un amor que hace nuevas todas las cosas, asegurándonos que con dicho amor en nuestros corazones nunca dejaremos de ver la victoria de la vida sobre la muerte.

Para los ojos del amor contemplativo siempre queda una última salida triunfadora del bien, en medio de tanto mal (cizaña) que parece dispuesto a sofocar el crecimiento del bien (trigo). Esa salida pasa por aprender a sufrir con el que sufre, sin dejar de reír con el que ríe. Es la salida victoriosa de aceptar morir muchas veces en solidaridad con todas las víctimas de muerte injusta, con todos los hermanos y hermanas masacrados por la insensata violencia del hombre contra el hombre.

El corazón contemplativo ha soportado muchas muertes de muchos otros seres, abrazadas en entrañas de conmovida solidaridad, antes de llegar a gustar su propia muerte temporal, e incluso compartidas con esas otras formas de muerte personal como son los fracasos y momentos de gran sinsentido, absurdo y desdicha existencial. Así aprende a insertar toda muerte injusta en el marco amplio de un amor solidario, y la muerte que señala el final de nuestro paso por este mundo, como el encuentro definitivo con el Amor Eterno.

Ni progresismo ni integrismo, ni optimismo ni pesimismo, pueden dominar jamás los sentimientos del corazón contemplativo. Como tampoco lo dominan los desalientos por decepción ante el pecado de su propia Iglesia. Él vive en comunión de Gracia y de pecado. Pecador con los pecadores y redimido con los redimidos, se sabe Pueblo de Dios, avanzando pesadamente por el desierto, que no renuncia a la tierra prometida. Porque tal es el desierto en que se sitúa el pueblo y cada uno de sus miembros que ha escuchado la llamada de la libertad : no dejar nunca de caminar, sin acomodarse a nada de cuanto es menos de lo que nuestra fe nos promete.

#### ***COMPARTIR CON OTROS LOS FRUTOS DE LA CONTEMPLACIÓN***

Y evangelizar ya no será otra cosa que compartir el amor con que soy amado, recibéndolo a la vez de las realidades y personas a quienes se dirige la evangelización. El evangelizador que es un místico, alcanza a comulgar con el amor de Dios derramado en todos los corazones por el Espíritu Santo; alcanza así a ver la parte buena (por pequeña que fuere) que se da en toda realidad humana, para conectar con ella su propia actividad. Y jamás dejará de percibir, con claridad alucinante, el mal que hace sufrir a los hermanos, para solidarizarse con ellos y tomar parte en sus luchas de liberación.

Si, según el evangelio, sólo el bien vence al mal, sólo la vida puede vencer a la muerte. Es lo que sabe el humano que ha ahondado dentro de sí con el silencio adorativo, crisol que le ha iluminado sus ojos interiores para ver ya en marcha imparable el triunfo de la Verdad, de la Bondad, de la Belleza..., de la Vida con mayúscula!

El contemplativo cristiano (tal vez igual los de otras religiones) ha vivido tantas resurrecciones tras tantas muertes que, ya, para él, la realidad más fuerte, innegable, defendible, es que el amor es más fuerte que la muerte. Por eso el contemplativo, sin temer el aguijón del mal, sin concederle un poder que sólo ve en Dios, entrega cada día su vida a la construcción del Reino, y experimenta en todos los ataques del mal real (físico, moral y social), de la mentira, de la injusticia, de la corrupción..., una fuerza que viene de más allá, pero que actúa contra el mal aliada a su actitud de confianza.

El contemplativo, mujer u hombre, es un ser libre porque no renuncia jamás a vivir en exilio. No tiene patria definitiva en este mundo. Pero ama intensamente este mundo como lo que es: extensa realidad habitada y asistida por el Amor de Dios, acompañamiento eficaz en cada paso de nuestra travesía exodal. Persona mística es la que ha experimentado, como el gozo mayor que la sustenta, que es en cada paso de la ruta hacia la libertad definitiva, donde podemos gustar y ver qué bueno es el Señor. De tal modo que, quien no saborea esa presencia de Dios en relación con su propia vida y los avatares de su destino, no ha llegado a conocer verdaderamente al Señor que nos quiere libres para vivir con Él una entrega de mutuo amor, cuyas primicias en el tiempo anticipan la bienaventuranza eterna.

Con esta sucinta exposición de la vía mística, mi intención es dejar de manifiesto que ninguna actividad eclesial, bien de la comunidad creyente como tal, bien de las personas de los bautizados mediante su testimonio en el corazón de las masas, tendrá eficacia evangelizadora si no brota, como flor y fruto, de la savia contemplativa. La evangelización siempre estará más allá de la contemplación, como más allá de las raíces se produce el fruto. Es por ello que, todas las llamadas a la renovación eclesial que nos vengan de concilios, papas y guías espirituales, caerán en saco roto si no son recibidas en una vida interior (bien amueblada), donde la Fe es gozo de amar y ser amado, en amor gratuito, universal y eterno.

#### ***URGENCIA DE RECUPERAR LA MISTAGOGIA EN LA PASTORAL***

La Iglesia católica, nuestra Iglesia, no puede pretender ser fiel a su misión de servicio del Reino, si no pone como piedra angular de su tarea evangelizadora la iniciación en el conocimiento gozoso de los misterios del Reino. ¿No es esto mismo lo que Jesús hace con sus discípulos, al anunciarles que a ellos se les ha dado a conocer los misterios del Reino (Mc 4,11)? ¿No fue en los primeros siglos de



la Iglesia la Mistagogia el método de formación de los seguidores de Cristo? Y, bien entendido, ¿ha existido jamás otro modo de ayudar a los creyentes en el Dios de Jesús a unirse a Él en plenitud de confianza y abandono, en experiencia de unión sponsorial?

Si ante todas las crisis de la Iglesia desde sus mismos comienzos, la vuelta a la experiencia íntima de Dios ha sido el camino de superación de todas las crisis, ya desde los Padres del Desierto (siglos IV-V), el florecimiento de la vida monástica (ss. VIII-XI) y las reformas de Francisco de Asís (s. XIII) y Teresa de Ávila (s. XVI), todas ellas firmemente ancladas en el cultivo de la vida interior, en la ascensión mística; ahora, en la época moderna, en los tiempos de la globalización, cuando la sospecha acecha toda propuesta de carácter autoritario, cuando la intelectualidad en materia religiosa es recibida como teoría sin fundamento vital, y un desierto de valores espirituales despierta en un buen número de contemporáneos una necesidad imperiosa de algo distinto, algo que satisfaga y realice más y mejor a la personalidad humana, la que no encuentra su propio ser entre tantos ruidos de los medios de comunicación, el consumo, la prisa y la competitividad desgarradora..., o las Iglesias recuperan la Mistagogia como piedra angular, reconociendo que esta piedra ha sido rechazada durante siglos en la pastoral del pueblo fiel, pretendiendo sustituirla por la catequesis indoctrinadora, el liturgismo y la extrema jerarquización de las estructuras y relaciones eclesiales.

Porque la Iglesia de hoy necesita esta conversión. La de reconocer dentro de ella la pérdida muy sensible de valores espirituales. Una Iglesia que no enseña a sus fieles a encontrarse personalmente con Dios y en Dios, porque se limita a mantenerlos en sumisión infantil a formas de orar, a devociones privadas y religiosidad popular, en las que no entra el cultivo de la vida interior, ni el gusto por el silencio y la actitud adorativa de escucha al Eterno Viviente, no puede dar como resultado mujeres y hombres de talla adulta, cristianos maduros que tienen algo nuevo y necesario que decir al mundo.

La Mistagogia (educación en el misterio) resultará la mejor aliada del testimonio cristiano en el mundo. El creyente que saborea la Verdad de Dios en su propio corazón, sabe muy bien lo que Dios le pide y lo que sus hermanos necesitan de él. Pero sobre todo, es una persona de unidad con los demás, porque en sí misma está unificada. Su armonía interior se traduce en paz y audacia para enfrentarse con todas sus tareas de servicio al bien común. En su experiencia de Dios han florecido dos valores que serán siempre la manifestación exterior de su vivencia interior: el valor de la fraternidad universal y el del servicio desinteresado. Será un ser comunitario, consciente de que sin la comunidad se pierde la presencia viva de Jesús de Nazaret y se desvirtúa el sentido profético y utópico de la misión. Jamás un humano con experiencia de Dios podrá ser un profeta de calamidades ni un francotirador del Reino.

Personalmente, yo considero que, el día en que los ministros ordenados sean personas de vida interior, gente de silencio (más que de palabras), servidores humildes (más que directores y maestros), hermanos en plena reciprocidad de dar y recibir con el pueblo de los bautizados, y portadores de una síntesis personal, muy personal, amasada en largos tiempos de silencio meditativo, a solas con el solo, enamorados de Dios..., el ministerio presbiteral será todo menos un ejercicio de poder clerical, de una casta que se mantiene por encima a costa de no tener nada personal que dar ni que decir, a costa de situarse en una dignidad sagrada que sólo pertenece al conjunto del Pueblo de los bautizados en Cristo.

Igualmente, los estudiosos de la Teología cristiana, si su conocimiento es sobre una ciencia de amplias bases filosóficas, históricas, humanistas y exegéticas en torno a las Sagradas Escrituras, pero que carece de experiencia personal, de vivirse uno a sí mismo en Dios y desde Dios enviado al mundo, de tener en el amor como sentido de la vida su razón de ser y la energía de su exposición teológica..., estoy convencido de que su ciencia, que tan fácilmente hincha, no estará al Servicio del Reino, no estimulará a sus oyentes en el camino del amor desinteresado.